

Autorretrato póstumo de Chirbes

Autor: Rafael Chirbes
Título: *Diarios. A ratos perdidos 1y2*
Editorial: Anagrama.
2021
Páginas: 468 páginas
Precio: 20,90 euros



MURIÓ el 15 de agosto de 2015; tenía 66 años y un cáncer de pulmón. Había nacido en Valencia en 1949. Licenciado en Historia, desempeñó trabajos periodísticos y de crítica literaria. Publicó diez novelas. La primera, *Mimoun*, fue finalista del Premio Herralde en 1988. En las siguientes, *Los disparos del cazador* y *En la lucha final*, retrató una burguesía preocupada tan sólo por la conservación de sus privilegios. Después reflejó los años de la guerra civil, la Transición y la última década del siglo XX, en *La caída de Madrid*, *La buena letra*, *La larga marcha* y *Los viejos amigos*. En sus últimas obras, *Crematorio* y *En la orilla*, describió las consecuencias de la corrupción y la expansión inmobiliaria. A su muerte, Rafael Chirbes dejó varios textos inéditos. En 2016 se publicó la novela *París-Austerlitz*, que había acabado de corregirla tres meses antes de morir. También habían quedado inéditos los cuadernos en los que escribió su diario desde 1984 hasta su fallecimiento; y estos son los que han comenzado a publicarse; primero, los que llegan hasta el año 2005, quedando para otra nueva entrega el contenido de los años siguientes. El libro esta precedido por dos prólogos que se



Rafael Chirbes, fotografiado en 2016.

EFE

complementan: uno de la escritora Marta Sanz y el otro del cate-drático Fernando Valls, que es una de las personas que mejor conoce la obra de Chirbes.

Melancolía y vacío

El propio autor dio a estas anotaciones el título *A ratos perdidos*, porque no es un diario escrito de manera uniforme. De algunos años apenas están recogidas cua-tro o cinco frases; y en otros no es-

cribió nada, ni una línea.

Este libro está compuesto de dos partes: la primera reúne lo escrito entre 1984 y 1992; la segunda, lo que escribió desde agosto de 1995 hasta marzo de 2005. Chirbes comenzó estos diarios en un momento doloroso, unos meses después de separarse de su pareja J. T., cuando se veía a sí mismo “a la deriva”. Ese tono inicial va a impregnar todas las páginas del libro. Estos diarios destilan melancolía y hablan

de su permanente sensación de vacío. En las primeras páginas describe su costumbre de estar sentado en el borde de la silla, lo que le produce desazón y le impide estar cómodamente reposado. Esa imagen cotidiana es representativa de la actitud que mantienen en todo el libro; es el símbolo del tono de insatisfacción que tienen estas páginas, una manera de estar en el mundo.

Este libro es su autorretrato. En él habla de sus desengaños,

las enfermedades que tuvo, los disgustos, los deseos. Expone sus opiniones sobre cine, literatura, música. Habla de sus lecturas y se manifiesta crítico con casi todos los autores contemporáneos que lee, salvo Juan Marsé y Vázquez Montalbán.

A pesar de la diversidad de aspectos que trata, hay dos temas que ocupan una especial atención en estas páginas: en la primera parte predomina el relato de su relación con François; en la segunda, su trabajo como escritor. La escabrosa y doliente relación con François que aquí se cuenta la trató de forma novelada en *París-Austerlitz*, y en ambos casos es un testimonio de la infelicidad escrito con amargura.

Diarios de escritor

En la segunda parte predominan las referencias a su literatura. En 1988 Chirbes fue finalista del premio Herralde con su primera novela, *Mimoun*, donde contaba la historia de un joven escritor homosexual que marcha a Marruecos en busca de un paraíso y acaba perdido en un mundo desconcertante. Desde entonces no dejaría de publicar novelas que fueron construyendo su estilo personal; en cada caso manifiesta aquí un juicio severo sobre ellas, con la conciencia de no haber alcanzado el nivel que pretendía. Ese nivel de exigencia se mantiene en toda esta primera entrega de sus diarios. En las páginas finales se lamenta de que no ha escrito aún la novela que busca y se reprocha que está convirtiendo la escritura en “una excusa para fingir que todo este desorden en que se ha convertido mi vida tiene algún sentido” (pág. 465).